

VIA CRUCIS Y VIA MORTIS DE UN ILUSTRE ESPAÑOL

POR

ANDRES SOBEJANO ALCAYNA

(Con ocasión de la reciente muerte del Excmo. Sr. Director General de Bellas Artes y Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Granada, Doctor Don Antonio Gallego Burín, (q. e. p. d.), y del traslado de su cadáver a esta última ciudad, para ser allí sepultado, fué escrita esta impresión necrológica por su autor. La que, por ser inédita, damos a continuación, como homenaje al esclarecido varón ya desaparecido, probado amigo de Murcia y de sus empresas artísticas).

Los restos —pocas veces más preciso ese nombre, dada la levedad de residuos corporales— de Don Antonio Gallego Burín, catedrático e investigador de Arte, por dedicación, y Director General de Bellas Artes, por merecida designación, habrán llegado hoy a la privilegiada tierra granadina de que fueron formados, para allí descansar definitivamente de tanta queja, trabajos y dolor, en aquél casi connaturales desde la juventud. Apenas ésta superada, dolencias casi sucesivas, de escasas remisiones, engarfiaron su naturaleza física, depauperándola progresivamente y estorbando a menudo, pero nunca venciendo, aquel ansia y esfuerzos candentes, de ilustración y difusión artísticas, que consumían su noble espíritu desde las iniciaciones escolares.

Se pierde en el más lejano recuerdo de sus viejos amigos, cuando Gallego Burín pesó un número de kilos proporcionado a su estatura, o un buen color de mejillas acompañara a su sonrisa bondadosa y elegante, asomada siempre a sus ojos penetrantes e inquisitivos. Continuamente, casi sin intermitencias, la salud deficitaria, la molestia concomitante, la des-



nutrición inminente. Vió de cerca la mueca de la muerte casi reflejada en el cristal aséptico del quirófano; y tuvo fuerzas para ahuyentarla. Creímos entonces salvada duraderamente su preciada vida, inquieta y fecunda. Nuevamente echó sobre sus espaldas, memorables empresas culturales y artísticas, de esas que honran a una nación y enaltecen a un hombre de ánimo incansable, pero de mermadas energías físicas. Triunfó siempre, a pesar de todo, con brío arrollador, en sus iniciativas y funciones públicas nacionales y madrileñas, como en su labor transformadora y social granadina, en la que, de todos admirado y querido, no pudo sin embargo escapar totalmente a algunos zarpazos viles de la envidia y la deslealtad. Aprendió entonces a encontrar cruces y ortigas en el sendero; y fué aumentando altos honores personales, a la vez que comenzaba a conocer dolores y miserias humanas. Su Vía-crucis lo llevó hasta Madrid, desde Granada, su cuna maternal, a la que seguía acogiéndose de continuo, siempre que disponía de algún día o semana de tregua en sus tareas o algún acontecimiento señalado de su amada capital le demandaba su presencia. De acá para allá, cómo y de donde fuese, siempre encontraba rumbo y camino hacia su Granada, de la que era, y él mismo se declaraba así, novio fiel y celoso.

Pero un día malhadado, agotadas sus reservas vitales, y acrecentadas sus inquietudes tenaces con ambiciosos y entusiastas proyectos artísticos, que quedarán siempre vinculados a su nombre, ya no ha podido más, y la Parca ha acabado de esqueletizar su silueta que, ahora más que nunca, parecía arrancada de algún macabro escorzo de Durero o Mantegna. Y al cesar aquel su vía-crucis doloroso, soportado con cristiana paciencia, ha emprendido otro viaje final, otra peregrinación última, ya inmóvil y sin queja, por tierras de Castilla a Andalucía, y ha sido llevado en su litera fatal, con los cerrados ojos que tantas veces las acariciaron, contemplándolas, por dos ciudades, culminantes en su predilección: Toledo y Granada; las legendarias, panorámicas e históricas ciudades españolas, joyeros de arte y de poesía.

¡Toledo! ¡Granada!... Las dos grandes columnas hercúleas de Zorrilla, cantor enamorado de ambas. La alucinante y misteriosa Toledo de Bécquer y Barrés, en la que nuestro ilustre muerto ha dejado la suntuosa perennidad de la Exposición de Carlos V en el Hospital de Santa Cruz y Mendoza, y a cuya seducción no pudo sustraerse su espíritu exquisito; y su Granada, almenar y fabulosa, con sus torreones y minaretes, maga del paisaje, florón monumental de Andalucía, de la que vivió siempre filialmente hechizado, como un sensible nazarita o un caballero del Sitio y de la Reconquista.

Junto a los muros de la imperial ciudad le ha sido impuesta a su ca-



dáver la Medalla toledana de oro que le fué otorgada. Y, cigarrales y campiñas abajo, entre vesperales nieblas y luces nocturnas, ha llegado a la ciudad del Darro, a cuyas orillas nació, y a cuya tierra de cementerio quedan incorporadas sus mortales cenizas, en la misma Colina Roja, mansión de los palacios alhambrenos: «*Hic jacet inmiti morte sepultus...*», como en el autoepitafio de la elegía de Tibulo.

¡Qué duelo general imaginamos en aquella capital, tantos años regida por este su predilecto y ya difunto hijo! Habrá desfilado su condecorado ataúd por frente a las Angustias; por la Alhambra, ese alcázar encantado que tan bien conoció y estudió, y del que nos deja una Guía magnífica; esa Alhambra, cuyas espesas frondas, abiertas a contadísimos pasos de entierros, se habrán estremecido con las campanadas de la Torre de la Vela y habrán puesto en triste desbandada las aguas de las fuentes y los pájaros del frío bosque; por delante de la Universidad donde se formó y profesó. Y tal vez, al remontar con el cortejo hacia el camposanto, desde los viales próximos de los cipreses del Generalife, se habrán escapado ecos antiguos musicales, de los muchos que allí insufló con la creación de los Festivales filarmónicos, como un *Réquiem* de evocación a su memoria, ante su paso inopinado y postrera visita.

Ya cerró el ciclo de las jornadas a su tierra y ha incorporado a ella su barro mortal para que repose donde él quiso vivir y vivió intensamente, y donde hubiera querido morir.

Antonio Gallego Burín fué un caballero bueno y generoso para todos los hombres y todas las ciudades. De nuestra Murcia tenía gran estimación, como muy singularmente me consta; y menciones muy cordiales en sus obras y escritos, algunos notabilísimos, como los estudios sobre José de Mora, los Mena y Alonso Cano, más todo el barroco granadino. En la magna Exposición de obras del último escultor citado, hizo figurar a nuestro precioso San Antonio, joya del racionero granatense, conservada en la murciana iglesia de San Nicolás. Reciente está aún su resuelta y espléndida ayuda a la acertada instalación y terminación del «Museo Salzillo», en cuya solemne inauguración leyó un magnífico y elogioso discurso que no lo hubiera escrito mejor un murciano. En otras muchas cosas y cuestiones relativas al Tesoro artístico demostró un decisivo interés, traducido en obras que se han hecho y se están haciendo en la Catedral, y en planes de otras que su muerte deja truncadas o diferidas. Visitó bastantes veces nuestra capital y ciudades principales de la provincia. Y, lo que muy pocos saben, aquí en Murcia, en nuestra Facultad de Derecho hizo las pruebas de examen de asignaturas finales de esa su segunda carrera que, por un punto de delicadeza, siendo él ya catedrático de Arte de la Universidad



de Granada, no quiso terminar en ésa, de donde además su buen padre era aún Secretario General.

¡Dolor por su muerte, a la nueva España, a la que fervorosamente ha servido hasta el sacrificio! A su entrañable y apenada familia, cuyos apellidos, para orgullo de ésta, encumbró hasta la inmortalidad; a sus discípulos y aun a sus maestros venerables, entre los que se cuenta su insigne y paternal paisano, el eminente y nonagenario Gómez Moreno. ¡Dolor a Granada, por la que tanto se apasionó; y a todos cuantos, por ser sus amigos o compañeros pudimos apreciar de cerca sus extraordinarias cualidades profesionales y humanas!

